

como dioses y Iztacihuatl como la mujer de su más formidable vecino, el Fopocatepetl. Entre los Peruanos que, según Arriaga, adoraban las montañas cubiertas de nieve, «hay en el Potosí una colina pequeña muy parecida á otra que es mayor; los Indios dicen que aquella es hija de ésta, y la llaman... el pequeño Potosí.» Ved, sin embargo, como por medio de la clave que nos da Molina, se puede dar cuenta de estas creencias. Él nos enseña que el principal *huaca* de los Incas era el de la colina *Huanacauri*, del cual se decía que habían partido sus antepasados para su viaje. Es descrita como «una gran figura de hombre.» «Este *huauca* era el de Ayar-caclli, uno de los cuatro hermanos que habían salido de la caverna de Tampon.» Molina refiere una plegaria que se dirigía á esta colina: «¡Oh Huanacauri! Nuestro padre, que... tu hijo el Inca, conserva siempre su juventud, haz que acierte en todo lo que emprende. Concédenos también, á nosotros tus hijos, tus descendientes, etc.»

En este ejemplo se vé cómo se ha venido á adorar como antepasado á una montaña. Ésta es el lugar de donde la raza ha venido, el origen, el padre de la raza: las distinciones implicadas en las palabras de que en este momento nos servimos, no pueden producirse en las lenguas groseras. O los primeros antepasados de la raza habitaron las cavernas de la montaña, ó la montaña se identifica con el lugar de donde nacieron, por cuanto fija de una manera muy notoria la región elevada que formó su cuna. Nosotros hemos visto por otra parte, esta relación de ideas. Diversos pueblos de la India que desde el Himalaya háñse extendido por las llanuras, señalan los picos nevados como el mundo de donde los muertos vuelven. Entre algunos, la emigración de la cual la tradición ha conservado vestigios, ha venido á ser un génesis y dado lugar á un culto. Así, pues, los Santals miran la parte oriental del Himalaya como su cuna. Hunter nos dice que «el dios nacional de los Santals es Nurang-Buru, la gran montaña, la divinidad que vela sobre su nacimiento y que se invoca ofreciéndole sangrientas víctimas.»

Hoy mismo, un *laird* (señor) escocés que lleva el nombre del lugar que habita, se confunde en el lenguaje con este lugar, y en la época en que el idioma era vago y las ideas yacían en estado caótico, háse podido hallar confundido por la leyenda con la fortaleza elevada en la cual vivía. Hoy mismo, en nuestro idioma perfeccionado, de la misma manera se emplea la palabra «descender» para indicar el descenso de un lugar elevado como para indicar que se procede de un antepasado, y solo el contexto es lo que determina el sentido. Cómo, en vista de los hechos que relatamos, dudar que el culto de la montaña

deriva en ciertos casos de un error que hace tomar por el antepasado de la raza la cuna de esta raza.

Esta interpretación viene en apoyo de la análoga que hemos dado del culto de los árboles en el último capítulo y halla en la misma cierta fuerza.

Encuétrase todavía en el lenguaje otra causa de concepciones de este género. Los hombres primitivos han podido servirse de las palabras «montaña» ó «gran montaña» como de un sobrenombre para expresar por medio de una metáfora, un gran volumen ó una gran importancia. He hablado en otra parte de un jefe de naturales de la Nueva Zelanda que pretendía descender del volcán vecino, el Tongariro, y he indicado que esta creencia podía muy bien derivar de que uno de sus antepasados hubiera llevado por nombre propio el del volcán, expresión tal vez de la ferocidad de su carácter y de las explosiones de furor que le distinguían. Yo no puedo citar más que un hecho positivo en apoyo de la creencia de que el culto de las montañas proviene de esta causa. Entre los Araucanos, escribe Thompson, «no hay muchos objetos materiales que no se les dé un nombre distintivo de una familia,» y las montañas sirven también de nombres de familia.

El mar, salvo su movimiento, parece todavía ménos al hombre que una montaña, que difiere sin embargo del de aquél; por su forma, por su liquidez, por su falta de estructura, el mar es aun ménos parecido á una persona. No obstante, se ha personificado y adorado el mar no solo en el antiguo Oriente, si que en el Occidente también. Los Peruanos, nos dice Arriaga, cuando bajan de la montaña al llano, no se olvidan de adorar al mar al acercarse á él; se arrancan el pelo de las cejas y se lo ofrecen; le suplican «que no les ponga enfermos.» ¿Cómo se formó la idea que ha dado lugar á esta práctica?

Hemos visto que los hombres habían sido inducidos á adorar las montañas y los árboles de los bosques en que habían habitado, porque confundían su cuna con su antepasado. Parece que el culto del Océano tiene en ciertos casos un origen análogo. Indudablemente, cuando nosotros llamamos «hombres del mar» á los marinos, nuestro conocimiento organizado y nuestra lengua perfeccionada nos impiden caer en el error que podría causarnos la interpretación literal; pero un pueblo primitivo que veía llegar sobre sus playas hombres desconocidos que venían no se sabía de donde, y que se daban á sí mismos el nombre de «hombres del mar,» podía muy bien creer que procedían del mar, que el mar los había producido, é inaugurar una tradición en la que así estuviesen representados. Es fácil cambiar las palabras «hombres del mar» en «hi-

jos del mar;» nosotros tenemos en nuestro idioma figuras del mismo género; despues, del nombre de «hijos del mar,» una leyenda podía naturalmente entresacar la idea de que el mar habia engendrado á aquellos hombres. Empero no puedo citar un hecho digno de fé en apoyo de esta opinion. Bien que escribiendo como español, Benzoni dice de los Peruanos: «Ellos creen que somos como una congelacion del mar y que nos nutrimos de espuma,» pero se cree que esta frase que recuerda el mito griego de Afrodites, ha sido mal comprendida por Benzoni. Sin embargo, un pueblo salvaje ó á medio civilizar, que no tiene por lo tanto idea de que puedan existir tierras del lado de acá del horizonte del Océano, no puede formarse otra idea de los invasores marinos que no parecian tener otro origen que el mismo Océano.

No parece improbable que un error de interpretacion de los nombres propios haya dado lugar á la creencia de que el mar es un antepasado. En apoyo de esta opinion, hé aquí una prueba directa. Entre los Iroqueses, hácia el año 1800, apareció un predicador (probablemente un misionero) que se apellidaba «Lago-Hermoso.» Si la palabra lago ha podido convertirse en nombre propio, es muy probable que el Océano haya podido serlo tambien. Pero tenemos además una prueba indirecta. Ésta es el pasaje de Garcilaso que ya hemos citado á otro propósito, en el que se vé que ciertos Peruanos pretendian tener por antepasado al mar.

Si se nos pregunta por un fenómeno ordinario ménos parecido todavía al hombre por sus atributos que el mar ó una montaña, podríamos, tras alguna reflexion, pensar que aquel de que vamos á hablar, la aurora, es tal vez el último en el que podría pensarse, ya que no es tangible, que no tiene forma definida y que carece de duracion. ¿Cuáles son, pues, las necesidades que han conducido al hombre á personificar la aurora? Al personificarla ¿ha sido con objeto de inventar para ella una biografía especial ó muchas biografías? Muchas contestaciones se dan á estas preguntas, pero, en mi opinion, poco fundadas.

El profesor Max Muller, tratando del mito de la aurora en su obra *Lecciones sobre la ciencia del lenguaje*, toma primeramente á Saramá por una de las encarnaciones de la aurora. Cita, aprobándola con cierta reserva, la conclusion adoptada por el profesor Kuhn, «que Saramá quiere decir tempestad.» No pone en duda que «la raíz de Saramá sea «sar,» ir.» Admitiendo, dice, que Saramá significase primitivamente «correo,» ¿cómo ha sido que el correo haya luego significado borrasca? Apoyándose en que la palabra «pariente» significa

viento y nube, pretende que esta última es ordinariamente masculina en sanscrito; pero admite que si el Veda habia dado á Saramá las «cualidades del viento, esta incompatibilidad no seria una objecion insuperable.» Relata luego las aventuras de Saramá en busca de las vacas, y encuentra que esto no prueba que Saramá «represente la tormenta.» Nos dice que en una version más completa de esta leyenda, se da á Saramá como «al perro de los dioses» enviado por Indra «para buscar las vacas;» nos enseña, segun otra fuente, que Saramá, rehusando partir con ellos las vacas, pide á los ladrones que le dejen beber la leche, que ella vuelve y dice un embuste á Indra, de la cual recibe puntapiés y vomita la leche; despues nos da su propia interpretacion.

«Tal es, poco más ó ménos, en su conjunto, el testimonio sobre el cual debemos formar nuestra opinion sobre la concepcion original de Saramá; no puede, pues, dudarse que no signifique el alba y no la tormenta.»

Hé ahí un ejemplo de interpretacion de los mitos. Se conviene en que la raíz es sar, ir; un sabio filólogo deduce de aquí que Rarama quiere decir el correo, y por consiguiente, la tempestad, pues, que las palabras próximos parientes significan mérito y nube; pero otro sabio filólogo cree que esta conclusion es errónea. En la leyenda, Saramá es una mujer, y en algunas versiones es un perro. Sin embargo, dedúcese que Saramá es la aurora, porque un epíteto que lleva significa rápida, porque otro quiere decir afortunada y porque se muestra ante Indra; en fin, porque diferentes metáforas pueden aplicarse al alba desde el momento en que se admite que las razas representan las nubes. Confiando en la fuerza de estas vagas concordancias, el profesor Max Muller añade:

«El mito cuyos fragmentos hemos recogido es harto claro. Es la reproduccion de la antigua historia del nacimiento del dia. Las vacas brillantes, los rayos del sol ó las nubes cargadas de lluvia, pues el mismo nombre sirve para ambos objetos, han sido robados por el poder de las tinieblas, por la noche y sus numerosos hijos, etc., etc.»

Así, pues, á pesar de todos los desacuerdos, de todas las contradicciones, y sin embargo de que la raíz del nombre no da color alguno á la interpretacion, se funda en las metáforas, que en la lengua de los primitivos hombres servian libremente para significar todo lo que se queria, para hacernos creer

que los hombres personificaban un fenómeno pasajero tan diferente del hombre como posible.

Cualquiera que sean las dificultades que nuestro método de interpretación encuentre, éstas consisten en que no se apoya en las hipótesis sino en los hechos. Es posible que alguna vez y á manera de cumplido, se haya dado á una doncella de rosadas mejillas el nombre de Aurora, pero yo no podría aducir de ello una prueba. Solo de que Aurora es un nombre de pila tenemos prueba cierta. Hemos visto entre los usos primitivos el de dar al recién nacido un nombre tomado de los acontecimientos sobrevenidos en el acto de nacer. Mason ha encontrado entre los Karens nombres de este origen, por ejemplo, «Mies, Febrero, Padre reverido.» Hemos visto también que se servían igualmente del momento del día para dar un nombre al niño, y entre los nombres de este género está «salida del sol.» La América del Sud nos ofrece un ejemplo análogo. En el relato del cautiverio de Hems Stade, publicado recientemente por la Sociedad Hakluyt, el narrador dice que ha asistido entre los Tupis al acto de dar nombre á un niño que fué llamado Koem, la mañana, (uno de sus abuelos había igualmente llevado este nombre), y el capitán Burton, que publica este relato, añade en una nota que *Coema-piranga* quiere decir literalmente el arrebol de la mañana ó la aurora. Encontramos de ello otro ejemplo en la Nueva Zelanda. Thompson cuenta que Rangihaleata, nombre de un jefe maori, significa «aurora celeste.» Cita también el nombre de otro jefe que se llamaba «Resplandor del cielo.» Si, pues, la aurora es el nombre real de una persona, si en el país en que domina esta manera de distinguir á los niños, se le ha dado tal vez con frecuencia á aquellos que nacían al amanecer, puede suponerse que las tradiciones referentes á una persona llamada de este nombre hayan llevado al salvaje de espíritu sencillo, inclinado á creer al pié de la letra todo lo que sus padres le decían, á confundir esta persona con el alba. Por consiguiente, se habrían interpretado las aventuras de esta persona de la manera que los fenómenos propios del alba hicieran más verosímil ó plausible. Añadamos que en los países donde este nombre ha sido llevado por los miembros de varias tribus comarcanas, ó por los de una misma tribu, que vivieron, en época distinta, han podido producirse genealogías incompatibles y aventuras contradictorias, lo cual se halla de acuerdo con los hechos.

¿Tiene el culto de las estrellas un origen parecido? ¿Se las puede identificar también con los antepasados? Parece difícil de concebirlo así, y sin embargo, existen hechos que nos autorizan á suponerlo.

Leemos que los Judíos consideraban las estrellas como seres vivientes que en ciertas circunstancias pecaron y fueron castigados; sabemos que los Griegos poseían ideas análogas sobre la naturaleza animada de las estrellas. Si queremos conocer las formas primitivas de estas creencias que hoy nos parecen tan extrañas, las encontraremos entre los salvajes. «En las islas Fijis, nos dice Erskine, las grandes exhalaciones pasan por ser dioses, las más pequeñas por las almas de los hombres que mueren.» Según Angas, los Australianos del Sud creen que «las constelaciones son grupos de niños,» y «se pretende que tres estrellas de una constelación que han existido antes sobre la tierra; la una es el hombre, la otra su mujer, la tercera, más pequeña, su perro; se ocupan en la caza del appommu á través de los cielos.» La idea precisa de que los seres humanos llegan al cielo de cualquier manera, vuelve á presentarse en la tradición tasmaniana, según la cual el fuego había sido llevado á los hombres por dos negros que lo arrojaron en medio de los Tasmanianos, vivieron algún tiempo en su país y se transformaron en las dos estrellas que nosotros llamamos Castor y Polux. Esta leyenda procede tal vez de que se les figura que las luces gemineas de estas estrellas eran los fuegos lejanos que estos hombres habían encendido después de su partida de Tasmania. Lo que muestra que este génesis no es inverosímil, es que hallamos una idea análoga entre los Americanos del Norte; éstos llaman á la vía láctea «el sendero de los espíritus,» el «camino de las almas,» por donde vuelven éstas á la tierra desde la tumba y en la que se pueden ver sus vivacs brillar como estrellas. Esta idea se halla también en armonía con una creencia, todavía más concreta, de ciertos Americanos del Norte, tal es la de que sus magos ó hechiceros han ido al cielo por agujeros, que han visto al sol y la luna andar como seres humanos, que aquellos han marchado en compañía de estos astros y mirado por sus agujeros la tierra desde lo alto.

Difícil es explicar estas ideas solo por meras hipótesis. Pero estos pueblos poseen una leyenda que nos da una solución plausible. Hallámosla en el libro de Bancroft titulado *Razas indígenas de los Estados del Pacífico*, citado en el libro de Powers titulado *Pomo*, tomo III, páginas 138 y 139. Nótese primero que, según Robinson, «ciertos Californianos adoran como á su dios principal un coyote (1) relleno de paja.» Y léase luego la siguiente leyenda del coyote que se cuenta en una de las tribus de California, la de los Cahrocs. El coyote era:

1) Coyote, así llaman los Mejicanos á su lobo—(c. *latrans*. Say).